

CUADERNOS

historia 16

Así nació Italia

Julio Gil, José R. de Urquijo y Alejandro Pizarroso



43

Entrega n.º 43 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado a la proclamación de la Italia unida.

Proclamación de la Italia unida durante la revolución de 1848.

Índice

ASÍ NACIÓ ITALIA **Una nación dividida**

En busca de un nacionalismo

Por Julio Gil Pecharromán

Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.

Españoles en Italia

Entre dos revoluciones

Por José Ramón de Urquijo y Goitia

Historiador. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

Mazzini y el republicanismo italiano

Por Alejandro Pizarroso Quintero

Historiador. Universidad Complutense de Madrid.

Cronología

Bibliografía

Una nación dividida

EN el año 951 de nuestra era, el monarca alemán Otón el Grande colocó bajo su soberanía a la mitad septentrional de la península italiana y ciñó la corona de hierro de los lombardos. Once años después, tras una segunda expedición conquistadora, el papa Juan XII le coronó como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Aquel hecho, de dimensiones pretendidamente universales, ocultaba en su simbolismo una realidad material: el establecimiento del dominio de la casa de Sajonia sobre Italia.

A lo largo de los siglos medievales las diferentes dinastías que se sucedieron al frente del Imperio intentaron hacer valer sus derechos sobre el conjunto de la península. Lo consiguieron en algunas ocasiones, sobre todo bajo los emperadores Hohenstaufen (1125-1254), pero sus esfuerzos por unificar la península bajo el dominio alemán fracasaron ante la confluencia de diversas fuerzas: la reacción *nacional* italiana, encabezada por los papas, el partido *güelfo* y las ligas de ciudades de la Italia central y del norte, cada vez más independientes del poder imperial; el surgimiento de poderosas repúblicas marineras, señoras del Mediterráneo durante siglos, como Génova, Venecia y Pisa; y la consolidación en la mitad meridional de la península del reino de Nápoles, primero bajo los normandos y luego bajo los Angevinos.

Del período de guerras civiles entre güelfos y gibelinos y de la descomposición del orden feudal, salió una Italia bajomedieval dividida en infinidad de poderes locales, sur-

gidos de la crisis del movimiento comunal. Familias como los Visconti, los Malaspina, los Scaligeri, los Gonzaga o los Este, crearon señorías propias que fueron convirtiendo a la península en un mosaico de pequeños estados durante los siglos XIV y XV. En ese período, la crisis de autoridad afectó tanto a los emperadores como a los papas, mientras que en Nápoles y en las islas de Sicilia y de Cerdeña los angevinos eran paulatinamente sustituidos por el poder ascendente de la casa de Aragón.

Dominio hispánico

A finales del siglo XV, aumentó la injerencia de las potencias europeas sobre una península a la que la expansión territorial de las señorías mantenía en un estado permanente de guerra. La rivalidad entre los Valois franceses y los Trastámara españoles abrió un largo período de conflictos que luego continuarían los Borbones de Francia y los Habsburgo españoles. El resultado de estas guerras fue un prolongado período de dominio hispánico sobre Italia, bien a través del dominio directo, como en el caso de Nápoles, Sicilia o Milán, bien mediante el mantenimiento de una dependencia política y económica, como en Génova, Toscana, Saboya o los Estados Pontificios.



*Plaza de la Señoría de Florencia a finales del siglo xv.
La escena representa la ejecución de Savonarola.*

Y mientras los conquistadores se sucedían, el pueblo italiano soportaba alternativamente el yugo extranjero y el despotismo de los príncipes locales quienes, con el apoyo de la potencia de turno, gobernaban como señores de la vida y de la muerte sobre aquel conglomerado variopinto de pequeños estados.

La relativa calma que la hegemonía española había procurado a Italia durante más de una centuria, se interrumpió bruscamente a comienzos del siglo XVIII, al estallar la guerra de Sucesión española. La península se convirtió, una vez más, en campo de batalla entre Borbones y Habsburgos, donde los estados italianos jugaban un papel de meros comparsas. Finalmente, en 1738, el Tratado de Viena puso fin a los sucesivos conflictos dinásticos y fijó el *statu quo* territorial italiano hasta la última década del siglo.

La Italia del *despotismo ilustrado* continuaba siendo un país dividido políticamente y en parte sometido al dominio extranjero. Los austriacos poseían la Lombardia y gobernaban el ducado de Toscana. Los Borbones españoles regían el reino de las Dos Sicilias, el ducado de Parma y los presi-

dos toscanos, Venecia y Génova, perdidos sus imperios marítimos, eran una sombra del pasado, y ni los Estados Pontificios ni el pequeño ducado de Módena parecían en condiciones de jugar un papel en el escenario peninsular. Sólo el estado de los Saboyas, el reino de Cerdeña, constituía una potencia de nivel europeo, capaz de competir con austriacos y españoles por el control de la Italia septentrional.

Pero no debía pasar mucho tiempo antes de que el huracán revolucionario, llegado de la vecina Francia, alterase el orden secular y desencadenara a las latentes fuerzas del nacionalismo. Italia iba a conocer su oportunidad para transformarse en una patria unificada.



*Detalle de la Batalla de San Romano, por Paolo Ucello
(Galería Nacional, Londres).*

En busca de un nacionalismo

Por Julio Gil Pecharromán

Profesor de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid

UNA característica común a casi todos los movimientos liberales europeos de la primera mitad del siglo XIX es la inconsistencia de sus apoyos populares. Ya sea en Francia, en España o en Alemania, las minorías políticamente avanzadas no contarán con el favor de las masas, sino durante breves períodos y para fines muy concretos. En el momento en que se afirme la reacción antiliberal o cuando consideren incumplidas sus promesas, los pueblos de Europa abandonarán a su suerte a los revolucionarios, a quienes siguieron en momentos de exaltación.

Uno de los elementos más característicos de este primer liberalismo, una de sus mejores armas, es el componente nacionalista de sus doctrinas. El concepto de *nación* y su identificación con el territorio y la organización de un Estado tomaron cuerpo de la mano de quienes veían en el despotismo ilustrado una negación de la realidad existencial de cada pueblo. La idea del Estado-nación como garante de las libertades de los individuos, pero a la vez como guardián del patrimonio cultural e histórico del pueblo, tomó forma rápidamente entre estos grupos minoritarios.

Y, sin embargo, el nacionalismo no estaba exento de contradicciones. Todo lo contrario. Los españoles que lu-

charon contra las fuerzas napoleónicas en nombre de un ideal patriótico intentaban impedir, a la vez, la emancipación de sus colonias americanas. Los británicos, que simpatizaron y apoyaron la causa de la independencia griega, sojuzgaban y explotaban a sus vecinos irlandeses. Y aún existía una contradicción más grave, que se resumía en la pregunta: ¿Debe identificarse «a priori» el Estado con la nación, o a la inversa?



Visita de Pío VI a José II de Austria, Viena, 1782.

Porque había en la Europa de la época enormes extensiones de terreno que compartían una comunidad lingüística, cultural e incluso histórica, pero que estaban divididas en multitud de pequeños Estados. Y, a la vez, convivían con estos enormes imperios multinacionales, en cuyo seno diversos pueblos se encontraban sometidos a un férreo poder central.

¿Nacionalismo prusiano, bávaro, sajón, etcétera, o nacionalismo alemán? ¿Un Estado patrimonial de los Habsburgos o un conjunto de patrias para los húngaros, checos, austriacos o croatas? Tales dilemas, y otros parecidos, se les

van a plantear a los europeos del siglo XIX. Durante más de cien años, el mapa continental se reordenará continuamente a impulsos del hecho nacional. Durante más de cien años, los pueblos de Europa irán tomando conciencia de ello, aceptándolo como algo natural, consustancial a su propia existencia. Y quizá sea en Italia donde esta realidad quede más patente.

La Italia del XVIII

La palabra Italia perdió significación política a finales de la Edad Media, cuando aquel ideal europeísta y cristiano que fue el Sacro Imperio careció de consistencia. El vocablo tuvo entonces un sentido estrictamente geográfico. La península se convirtió en un mosaico de pequeños Estados, sin más vínculos entre sí que el comercio, las ocasionales alianzas militares o el sometimiento común a los intereses de alguna gran potencia.

Españoles, franceses y austriacos ocuparon el suelo italiano durante más de tres siglos y dirimieron allí muchas contiendas. Los príncipes, la aristocracia y el pueblo contemporizaban, carentes de fuerza militar, y con el tiempo parecieron habituarse a aquella extraña dominación compartida. Las guerras sacudían periódicamente la llanura del Po y los valles alpinos, pero no eran ni tan largas ni tan terribles como las que asolaban las tierras centroeuropeas o los campos y ciudades de España y Francia.

El siglo XVIII, tan espléndido en realizaciones culturales y políticas en otras regiones, no aportó prácticamente nada a Italia. La primera mitad de la centuria estuvo ocupada por interminables guerras entre los Borbones y los Habsburgos, y la segunda, hasta 1793, conoció la paz gracias a la recelosa rivalidad de las dos dinastías extranjeras.

Y si Italia no contaba para nada en el contexto político, si sus señorías, reinos y ducados eran simples peones en el

ajedrez de las grandes potencias, tampoco en el aspecto económico la península iba a entrar con buen pie en la era contemporánea.

Las repúblicas que antaño fueron emporios de riqueza, vegetaban en la nostalgia de tiempos mejores. Los banqueros de Génova y Venecia ya no acaparaban el oro de América y los productos de Asia. El desplazamiento del eje del comercio europeo hacia el Atlántico y los enfrentamientos de la República veneciana con los turcos alejaban a Italia de las grandes rutas comerciales y reducían continuamente su papel frente a las nuevas potencias económicas.

En estas circunstancias, el medio rural adquiría un peso decisivo y la economía agraria se convertía en una actividad fundamental. Pese a ello, el mundo urbano seguía teniendo un peso enorme en la vida italiana. Nápoles era una de las mayores ciudades de Europa. Roma, Florencia, Milán o Venecia eran todavía centros de un activo comercio de productos agrícolas y artesanales. La poderosa burguesía urbana mantenía el poder económico que la caracterizara en los siglos XV y XVI.



Pío VI.

Déspotas ilustrados

La coyuntura italiana del XVIII ofrecía, pues, un doble aspecto que tendría una notable incidencia sobre el lento proceso unificador del XIX. De un lado, el aumento del peso de la sociedad rural, producido por la decadencia de la actividad comercial y por los adelantos agrícolas. De otro, el mantenimiento de la vida urbana y de la importancia social y económica de la burguesía de las ciudades italianas. Por una parte, el mundo del campesino, apegado a tradiciones de corte feudal: por otra parte, el mundo del hombre de la ciudad, más dinámico e innovador.

Al frente de esta sociedad se colocaron durante el siglo XVIII una serie de gobernantes que pretendieron acelerar determinados aspectos de la evolución social y econó-

mica. Eran los *déspotas ilustrados*, monarcas de los diversos Estados peninsulares que, con la vista fija en los modelos francés o austriaco, intentaron reformarlos bajo unos supuestos de racionalismo y progreso material.

El ejemplo francés inspiró a los monarcas napolitanos, cuyo ministro Tanucci expulsó a los jesuitas e impulsó una reforma de la Administración. Igual sucedió en Parma, donde el duque Felipe se empeñó en una lucha contra los privilegios de la Iglesia y en favor de la modernización del aparato del Estado.

Pero quizá el *déspota* más característico del periodo sea el gran duque de Toscana, Leopoldo, hermano del emperador austriaco José II. No sólo combatió el poder del clero, que era una rémora para el progreso de Toscana y un obstáculo para su propio poder, sino que reformó el código penal suprimiendo la pena de muerte, adoptó un cierto liberalismo económico e incluso proyectó una Constitución que, de haberse aplicado, hubiera conducido al establecimiento de un régimen representativo.

Sin embargo, el alcance de todas estas reformas era muy limitado. En nada afectaban a la estructura social, enormemente desigual. Tampoco alteraban el sistema de propiedad de la tierra, en manos de unos pocos aristócratas. Las medidas regalistas y de reforma administrativa beneficiaban principalmente al propio monarca y al círculo de burócratas *ilustrados* que le rodeaba. Pero la burguesía de los diferentes Estados italianos, que hubiera podido impulsar las innovaciones, quedaba marginada del poder y no veía cumplidos sus deseos de reformas profundas.

Finalmente, la falta de apoyo popular, la resistencia de la Iglesia y la nobleza a su pérdida de influencia y los problemas estructurales terminaron haciendo fracasar la política reformista de los *déspotas* italianos y a finales de siglo la península había vuelto a su estado habitual.

La Revolución Francesa

El proceso revolucionario iniciado en Francia en 1789 alteró sensiblemente la situación italiana.

La Revolución Francesa supuso el ascenso al poder de los representantes de amplias capas de la burguesía gala y la puesta en marcha de un experimento de transformación casi total de las estructuras sociopolíticas. La proclamación de la República o la ejecución de Luis XVI no fueron sino aspectos visibles de un gigantesco proceso de cambio.

Una de las aportaciones fundamentales de la Revolución al pensamiento liberal, que maduraba a su sombra, fue el concepto de la solidaridad de los pueblos frente a la tiranía. La Convención prometió solemnemente, en noviembre de 1792, *fraternidad y ayuda a todos los pueblos que quieran recobrar su libertad*. Francia, sitiada por los partidarios del antiguo régimen, se dispuso a combatir por los ideales revolucionarios. Durante los veinte años siguientes, el mundo iba a asistir a transformaciones fundamentales.

En Italia, los sucesos de la nación vecina no causaron gran conmoción. Tan sólo grupos muy reducidos de intelectuales y funcionarios estaban en condiciones de comprender su alcance. Y la mayoría de ellos se encontraban lo suficientemente comprometidos con la política *ilustrada* como para aceptar los cambios revolucionarios.

Además, el ofrecimiento de ayuda por parte de la Convención se prestaba a un equivoco. El sentimiento nacionalista no tenía cabida en Italia, donde no se planteaban proyectos de unificación por lo menos desde el siglo XVI. En tal sentido, un ofrecimiento a los *patriotas* italianos hubiese carecido de lógica. Pero el republicanismo podía resultar atractivo para ciertos círculos de intelectuales preliberales, donde se consideraba fracasada la política de los *ilustrados*.



Napoleón. Cruce del Monte San Bernardo (xilografía de Epinal).

Temerosos de ello, los gobernantes italianos, que se integraron en la coalición antifrancesa —salvo Venecia y Toscana— pusieron buen cuidado en aislar y suprimir cualquier brote de republicanismo en sus Estados. Como consecuencia, un reducido número de simpatizantes de la Revolución hubo de buscar refugio en Francia.

Entre quienes abandonaron Italia por sus ideas destacó el pisano Felipe Buonarroti, un abogado de tendencias jacobinas que terminó secundando a Babeuf en su *conspiración de los Iguales*. Buonarroti orientó sus esfuerzos a convencer a los franceses para que intervinieran en Italia.